

## LA HISTORIA CONSIDERADA COMO GÉNERO LITERARIO <sup>(1)</sup>

---

### I

El título del presente trabajo si señala a las claras el punto de vista en que nos colocamos, no delimita, empero, con precisión, el área que habrá de abarcar nuestra mirada. Porque no basta — como intentaremos demostrar — situar mojones fronterizos entre heredades que a menudo se confunden en su total extensión; menester es trazar la línea demarcadora, realizando, previamente, diversas operaciones topográficas. La historia, en efecto, puede ser contemplada como materia de investigación, en cuyo caso involucra un problema científico o, si se quiere, metodológico, como materia de exposición, en cual supuesto plantea un problema de preceptiva literaria, y, en fin, como materia de enseñanza, cuya faz presenta ante nosotros un complejo problema didáctico.

Sin embargo, no siempre se ha otorgado carta de ciudadanía a las anotadas disciplinas que, partiendo de un centro común — la reconstrucción del pasado, — oriéntanse en sendas direcciones. Los recientes prolijos estudios sobre el « material » acumulado por los que escarban en depósitos arqueológicos, por los que laboran en museos y por los que llevan a cabo tarea bene-

(1) Monografía presentada en julio de 1921 al concurso abierto por la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires para proveer las suplencias de *Introducción a los estudios literarios*. El jurado — compuesto por los doctores Arturo Giménez Pastor, Juan P. Ramos, Mauricio Nirenstein y Alfonso Corti — aprobó al autor por unanimidad después de escuchar su lección oral acerca de « La poesía lírica » (13 de sept. de 1921).

dictina en archivos y bibliotecas, han mareado un tanto a esas mentes sabias que, de ilusión en ilusión — por la escala claudicante, pero invitadora, de las generalizaciones apresuradas — llegan, ciertamente, a afirmaciones caedizas: la exageración, pues, de los optimistas rebuscadores viene a legitimar, por contragolpe, el afán paradójico de los escépticos.

Así en el donoso prefacio de *L'île des pingouins* (1), su autor pone al descubierto la fatuidad encantadora de algunos eruditos: « *Est-ce que nous écrivons l'histoire, nous? Est-ce que nous essayons d'extraire d'un texte, d'un document, la moindre parcelle de vie ou de vérité? Nous publions les textes purement et simplement. Nous nous en tenons a la lettre. La lettre est seule appréciable et définie. L'esprit ne l'est pas; les idées son des fantaisies. Il faut être bien vain pour écrire l'histoire: il faut avoir de l'imagination.* » Adviértase además que *l'embarras de l'historien s'accroît avec l'abondance des documents...*, de tal modo que, según los descreídos, el mísero «profeta del pasado» — al decir de Bossuet y de Sainte-Beuve — anda fatalmente a tientas y a penas si puede entrever algo de lo ocurrido en épocas pretéritas... Semejantes frases desalentadoras son divulgadas por los herejes de la historia, que en libros nutridos (verbigracia, el conocido volumen de Max Nordau), o en artículos ligeros (por ejemplo *La storia è credibile?* de Scipio Sighele), se dan a tejer, acaso por espíritu de negación, doctrinas inofensivas y amenas (2).

Lo indudable a todas luces, huyendo de excesos, es que el elemento subjetivo interviene activamente y la narración de los hechos pierde en exactitud cada vez que las «fuentes», las tan socorridas fuentes, ofrecen a la fantasía campo propicio para corretear sin obstáculos. Añádase aún que la crónica suele ser tendenciosa cuando el escritor trata de probar alguna tesis o cuando, ya consciente, ya inconscientemente, la simpatía personal guía la pluma que redacta los anales, que pinta las cos-

(1) Edición Calmann Lévy, París. Recuérdese también que acerca de la frágil base de la historia discurre Gelis, personaje de *Le crime de Sylvestre Bonnard*; son sabrosísimas las páginas que cierran la exquisita novela.

(2) Capítulo I de *El sentido de la Historia*, de Max Nordau, Jorro, Madrid, 1911; en *Idee e problemi d'un positivista*, de Scipio Sighele, página 63, Sandron, Milán.

tumbres de un país cualquiera, que borronea el boceto de un caudillo afortunado o de un guerrero con suerte.

¿Síguese de lo dicho que es necesario cruzarse de brazos porque la faena es vana y los resultados inciertos? Nada más en desacuerdo con la opinión que sustentamos y que más adelante fundaremos, pues lo contrario importaría desconocer el esfuerzo desarrollado por los historiadores modernos.

Hasta el siglo XVIII, sólo la vida política de los pueblos tenía lugar cómodo en las relaciones del género, mas ya en aquella centuria Voltaire, entre los primeros, reacciona contra el estrecho criterio en boga, extendiendo los antiguos aledaños para conocer « *l'histoire des hommes, au lieu de savoir une faible partie de l'histoire des rois et des cours* (1) ». Al propio tiempo iníciase la revisión del caudal reunido ya que, con laudable fineza crítica, se busca aquilatar la mayor o menor certidumbre que fluye de un determinado texto. Surge asimismo, en aquel entonces, la llamada « historia de la civilización », para reflejar en sus múltiples caras la existencia de las diversas naciones: población, costumbres, agricultura, comercio, leyes, etc. Pero es únicamente en el siglo XIX cuando logra darse fuerte impulso a la labor de erudición y de crítica; comienzan a la sazón las disquisiciones relativas al método, de que nos ocuparemos en los subsiguientes parágrafos (2).

Nótese bien que de intento excluimos del programa reseñado lo atañadero al contenido de la « psicología de la historia » y de la « filosofía de la historia » que el profesor Monod puntualiza

(1) En *Œuvres complètes de Voltaire*, Alexandre Houssiaux, París, tomo V : *Mélanges historiques. Fragments sur l'histoire*, página 243. En el siglo XIX, Macaulay escribía: « *Mon but et mes efforts seront de faire l'histoire de la nation aussi bien que l'histoire du gouvernement* » etc. (Cita de Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, Hachette, París, 1917, tomo V, página 180.) Pueden verse al respecto los comentarios de SPENCER, *De la educación intelectual, moral y física*, Suárez, Madrid, 1884, páginas 56 y siguientes, y los de LE BON, *Psychologie de l'éducation*, Flammarion, París, 1919, páginas 78 y 267. Langlois y Seignobos dedícanle el capítulo V, libro III, de la *Introducción a los estudios históricos*, Jorro, Madrid, 1913.

(2) Estimamos inútil parafrasear cuanto han dicho : ALTAMIRA, *La enseñanza de la historia*, Suárez, Madrid, 1895, capítulo III, y PAUL ALBERT, *La Prose*, Hachette, París, páginas 8, 9 y 120.

en su excelente y sintética monografía. Aquí lo que nos interesa aclarar es cómo los historiadores asisten a la representación del drama social, cómo entablan relación con los actores, cómo entienden el argumento desarrollado y cómo, en ulterior quehacer de síntesis, pugnan por revivir lo que fué (1).

La historia, al reconstruir, ¿es ciencia? ¿es arte? ¿Es lo uno y lo otro y hasta qué punto? Ciñámonos a responder a ambos interrogantes, comprendiendo que — dada la índole de este ensayo — es factible convertirlos en una pregunta postrera: ¿puede sin arte haber historia?...

## II

Es achaque de ogaño este de aseverar que la historia es ciencia, discerniendo, no obstante, semejante calificativo sólo a un rumbo definido de la historiografía contemporánea. Antes de ahora la evocación de lo desaparecido en el tiempo no podía ser, ni era, más que un género literario, capítulo de la retórica, ya que la mitología en el mundo pagano, la fábula en el medioevo, la leyenda y la tradición oral antiguas — bien cebadas de elementos épicos — formaban el patrimonio de todos, y todos, de proponérselo, utilizaban el acervo colectivo. Hoy no ocurre lo propio, quizá porque el recetario de la heurística y los mandatos severos de la crítica, originando el espejismo consiguiente, inducen a acomodar la historia dentro del casillero científico.

En su estadio inicial de simple *narración* — Herodoto nos sirve de paradigma — oímos el balbuceo de lo primigenio; en su etapa segunda — con Tito Livio por modelo — es *instructiva y pragmática* la historia; después, merced al «seco epítome de los escribas monacales», se torna *religiosa*, y vuélvese *genética* cuando, en nuestros días, a ella se aplica el principio de causalidad.

Pero caeríamos en error creyendo que la trayectoria descrita es susceptible de hacerse gráfica con una línea recta, la

1) P. MOUGEOLLE, en *Les problèmes de l'histoire*, Schleicher, París, emplea una terminología similar.



cual, encontrando su punto de apoyo en la narración escueta va a desembocar, transcurridos veinticinco siglos, en la actual historia genética. Fácil es comprobarlo recurriendo a Macaulay y a Carlyle, en los que el discurso cobra alta entonación, a Thierry y a Michelet que artísticamente recomponen los cuadros del pasado, a Taine y a Renan, en quienes perdura el soplo del romanticismo (1). No debe extrañarnos, sin embargo, la supervivencia de los moldes antedichos: Lavissee renueva hace poco el criterio moralista de la fórmula *ad probandum* y Labriola exige que la conducta halle normas directivas en la vida de las generaciones anteriores. Por contraste, Nietzsche en *De l'utilité et des inconvénients des études historiques pour la vie* (2) anota las desventajas que la difusa enseñanza de la historia acarrea a los pueblos y a los individuos, y Fouillée se traba en animada polémica con el autor de *A propos de nos écoles* (3). En el pleito, pues, intervienen los que proclaman su jerarquía científica, contra los que la conceptúan como simple relato del pasado — cuyos datos no son susceptibles de organizarse sistemáticamente — y contra aquéllos que, de su conocimiento, procuran obtener aleccionadores preceptos.

Bernheim y sus secuaces son los jefes de la nueva empresa. Desdeñan la historia a la manera romana, por su afinidad con la elocuencia, lo que la inclina a la « forma estética », y anatematizan también la « forma pedagógica », de cuya traicionera ruta urge apartarse (4). La única historia que merece tal nombre es, en consecuencia, la que establece el lazo causal de los sucesos.

Conviene aquí, a nuestro intento, dejar a un lado la escuela pragmática que cuenta hoy con escasos adeptos. « *La storia,*

(1) La literatura del siglo XIX se ha distinguido por su carácter lírico ; en dramas, novelas, comedias, discursos, historias, etc., la personalidad de cada escritor muéstrase libremente y así lo ha comprobado Brunetière en *L'évolution de la poésie lyrique en France au dix-neuvième siècle*, Hachette, París, 1913, tomo I, lección inicial y lección cuarta.

(2) Publicado en su libro *Considérations inactuelles*, Mercure de France, París, 1907, páginas 170 y siguientes.

(3) RICARDO ROJAS, en *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, 1919 capítulo I, glosa esta controversia.

(4) HENRI BERR, *La synthèse en histoire*, Alcan, París, 1911, página 257.

dice Croce, *non é mai giustiziera, ma sempre giustificatrice* » (1); de ahí que *consigne* y no *juzgue*. Separada esta maleza, si raquílica no menos entorpecedora, restan los tres grupos adversarios sosteniendo: unos, que es ciencia; otros, que es arte; esotros, negándole categoría científica porque no alcanza a formular leyes y rehusándole el dictado de arte porque su meta no está en lo bello sino en lo verdadero.

Por cierto que destilan copiosamente dialéctica los sectarios de la ciencia... Sus recursos menguados les obligan a concesiones de toda laya y no es extraño que, en plena brega, a poco de fortificada una posición, la abandonen en retirada, al parecer, estratégica. Así declararon, empezada la lucha, que la historia es *ciencia*; lo declararon rotunda, entusiasta, pomposamente. Luego, arrepentidos de su audacia, cortaron una buena rebanada: la historia, dijeron, es una *ciencia descriptiva*. Y más tarde, acorralados por sus enemigos y dando a ciegas tremendo tajo, aseguraron que la historia sólo es una *ciencia conjetural*. Pero no paran ahí las marchas y contramarchas, según adivinará el lector.

Del manual de Bernheim (2) transcribimos las siguientes líneas: « *La scienza storica è la scienza, la quale ricerca ed espone nel loro nesso causale i fatti dello sviluppo dell'uomo nelle sue manifestazioni (singolari, tipiche, e collettive) come essere sociale* » añadiendo al pie de página, que « *l'espressione « causale » non è intesa nel senso di causalità meccanica* ». Los lugartenientes del tratadista germano desenvuelven la teoría, a veces aclarándola un tanto: Crivellucci en Italia (3), Langlois y Seignobos en Francia (4) y en España el jesuíta García Villada (5) dan prueba — por mentar algunos — de lo antedicho.

En combate franco con Bernheim aparece Benedetto Croce, y,

(1) *Teoria e storia della storiografia*, Laterza, Bari, 1920, página 77.

(2) ERNESTO BERNHEIM, *La storiografia e la filosofia della storia*, Sandron, Milán, 1907, página 12.

(3) A. CRIVELLUCCI, *Manuale del metodo storico*, Spoerri, Pisa, 1897.

(4) Obra citada.

(5) ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, *Metodología y crítica históricas*, Tipografía católica, Barcelona, 1912.

si a través de diversas producciones suyas sería factible rastrear la tesis con tesón defendida, en ningún trabajo ha sido por él mejor expuesta que en la memoria *La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte*, redactada en 1893, y que, luego, en artículos complementarios, se amplía y robustece (1).

Es que, por lo común, ensánchase en demasía el perímetro de la ciencia y se estrecha sin continencia el cerco del arte. Es que, habitualmente, la confusión de « ciencia » y « conocimiento » trae aparejadas consecuencias falaces. La ciencia « *cerca sempre il generale e lavora per concetti* », de modo que « *dove non è formazione di concetti non è scienza* ». Por ello Schopenhauer afirmaba que las ciencias, siendo sistemas de conocimientos, hablan siempre de « géneros »; la historia, al contrario, habla siempre de « individuos ». La historia, pues, en desacuerdo con la incontrovertible expresión aristotélica sería — según colegimos — ciencia de lo individual o de lo particular: su materia, en efecto, es « *il singolo nella sua singolarità e accidentalità, ciò che è una volta e poi non è più per sempre* (Schopenhauer).

Pero Bernheim requiere solamente para que haya ciencia, un saber apreciable « conexo, orgánico y cierto », porque la historia es, en esencia, descriptiva (2). La respuesta de Croce, contundente al deshacer la tentada comparación entre la disciplina a que consagramos estas carillas y las ciencias naturales, va condimentada de picante ironía: « *L'analogia tra la storia (racconto dei fatti, che accadono nella società umana) e la storia naturale (classificazione degli oggetti naturali) è mal piantata. Se alle scienze naturali si vuol trovare riscontro nel mondo umano, questo riscontro sarà l'etnologia e l'antropologia. Se all'inverso, si vuol trovare un riscontro alla storia nel mondo degli animali, si dovrà pensare a un genere di lavori, che pur si sono fatti, ma che, per la loro scarsezza e poca importanza, non hanno avuto ancora una denominazione complessiva. Sono (non saprei come altrimenti dire) le storie degli animali individui: per esempio, l'Histoire de mes bêtes de Alessandro Dumas, padre, o l'Histoire des chats del Moncrif, o el noto libro dello Champfleury intorno agli*

(1) *Primi saggi*, Laterza, Bari, 1919, páginas 1 a 73 y 171 a 201.

(2) Obra citada, página 274.

*stessi simpatici felini* (1). » Por lo demás, la descripción zoológica importa ya una clasificación, buscar lo general en lo particular, y de ahí que sea ciencia de conceptos; la historia, en cambio, exhibe el objeto descrito, suceso de la narración, en su genuina individualidad. La historia, por ende, carece de leyes.

¿Cuál valor, entonces, es dable acordar a la filosofía de la historia, donde han de agruparse los principios y los últimos resultados de las acciones humanas? ¿Cuál le corresponde a la tentativa de un Vico (2) desviviéndose por averiguar si las leyes históricas revelan que nuestro linaje realiza un movimiento lineal u orbital en su progreso? ¿Qué crédito merecen las manoseadas leyes de un Buckle (3) o las de sucesión alineadas por Xenopol (4) en el capítulo IX de su resobado volumen?... Razonar sobre este tópico sería desviarnos del camino que hemos de recorrer; sobra, sin duda, a nuestro designio con que quede al margen de la historia todo propósito que incite a hacer entrar lo particular (histórico) en lo general (científico).

No más benévolos juicios merece la peregrina teoría de Lacombe (5) asentada en las forzosas similitudes de los seres racionales y en que la causalidad histórica reside en el hombre mismo, puesto que, a nuestro parecer, aun aceptando tales hipótesis, cabría inquirir si sería legítimo «generalizar» y si la realidad justificaría un juego de «leyes» precisas (6). De esta objeción última se hace cargo Xenopol y para desplazarla da a luz un novísimo postulado organizador, el de la «serie histórica», equivalente, según él, a la ley en ciencia; la historia

(1) *Primi saggi*, página 52.

(2) JOHN STUART MILL, *Système de logique déductive et inductive*, Alcan, París, 1896, tomo II, páginas 511 y siguientes.

(3) *Primi saggi*, nota página 20.

(4) A. D. XENOPOL, *Teoría de la historia*, Jorro, Madrid, 1911, página 352.

(5) P. LACOMBE, *De l'histoire considérée comme science*, Hachette, París, 1894, páginas 3, 11 y 52.

(6) Según ABEL REY, *Lógica*, «La Lectura», Madrid, página 345, la historia ocuparíase de «hechos» y la sociología de causas generales, de «leyes». La sociología y la filosofía de la historia quedarían asimiladas en la terminología de Rey...

no estudia fenómenos de « repetición », sino fenómenos de « sucesión », y si descubre sus leyes será ciencia a condición de que los ligue determinando las causas. « Estos cuadros generales de la sucesión son las *series* en que se encadenan los hechos individuales evolutivos (1) », mas como la serie es siempre « única y particular », al tenor de la confesión suya (página 147) no contribuye el autor con un aporte decisivo a elucidar el problema de la historia-ciencia. Más nítido percibirá el lector lo apuntado si recorre el capítulo IX de dicha obra, y el párrafo acerca de *La teoría del juicio individual* en la *Logica* de Croce (2).

Y llegamos a la trinchera de retaguardia donde están parapetados varios estudiosos, el propio Bernheim — aunque con distinguos — entre ellos. En la página 248 del *Manuale del Metodo Storico*, alude a las opiniones de Ranke respecto a la posibilidad de la « conjetura » en historia y la admite en casos excepcionales. Uno de sus continuadores, el director de la *Revue de synthèse historique* (3), comprueba lo aleatorio de cualquier generalización, ya que los hechos humanos muestran « *une certaine particularité importante, à savoir, le changement, ou autrement dit, la marque du temps* ». El mismo Naville (4) preocupado en diferenciar la « teoremática » (ciencias de leyes) y la « canónica » (ciencias normativas) de la « historia » (ciencias de hechos), reconoce que es una disciplina de « aproximación », la cual no puede pretender la « exactitud perfecta » y cuyas explicaciones son todas de « carácter relativo ». Tan evidente es la recomendable modestia a que se ven constreñidos los investigadores sensatos, que en su vocabulario figuran frecuentemente aquellos clisés de rúbrica que Croce enumera (5): « parecería », « se diría », « place pensar », « es probable », y otros bocadillos no menos magros e insípidos.

(1) Obra citada, páginas 100, 153 y 144.

(2) *Logica*, Laterza, Bari, 1917, páginas 384 y siguientes.

(3) BERR, obra citada, página 24 y siguientes.

(4) A. NAVILLE, *Nouvelle classification des sciences*. Alcan, París, 1901, páginas 125, 126 y 132.

(5) *Teoria e storia della storiografia*, página 29.

Casi en análogos términos a los del autor de *El mundo como voluntad y como representación*, se expiden el lógico Bain (1), el divertido Nordau (2) y Unamuno, el áspero (3). En nuestro país, Groussac ha puesto en solfa con regocijante acritud a los científicos fanáticos (4) y Rojas con mesurada parsimonia revela cómo la historia «no es ni puede ser una ciencia, en el sentido positivo de esta palabra (5)».

Queremos invocar, por último, dos opiniones de conturbadora trascendencia: la de Gabriel Monod, que no es deponente sospechoso para los «metodólogos» y la de Carlos Seignobos, infiel cofrade de la rígida hermandad cuyo prior es nuestro admiradísimo Bernheim, en la que oficia de bullicioso campanero el inefable Lacombe, y en la que echamos de menos, no sin lamentarlo, a Bouvard y Pécuchet... Monod admite, en parte, la «incertidumbre» y la «subjetividad» como caracteres inherentes a las reconstrucciones históricas, pues «la ciencia de los hechos de sucesión no puede formular ninguna ley, los agrupa en series y establece entre ellos relaciones de causa y efecto»; a lo sumo, llega a vislumbrar «las grandes líneas del desarrollo de la humanidad (6)». El segundo, ya en el prefacio de su *Histoire politique de l'Europe contemporaine* (7) declara, compungido, que la materia de sus desvelos «*est une science encore si rudimentaire (si même on peut sans dérision l'appeler une science), qu'elle n'a pas de vocabulaire technique*»; la historia, agregó más tarde, «no es una ciencia; es sólo un modo de conocimiento» y de análogo criterio; junto con Langlois, hace gala en la «adver-

(1) XENOPOL, obra citada, página 97.

(2) Obra citada, página 44.

(3) En artículo *Historia y novela* incluso en el tomo *Contra esto y aquello*, Renacimiento, Madrid, 1912, página 233.

(4) PAUL GROUSSAC, *Mendoza y Garay*, Menéndez, Buenos Aires, 1916, páginas XIX y XX.

(5) Obra citada, página 26.

(6) Monografía *La Historia*, contenida en la colección de «La Lectura»; *La enseñanza de la Historia*, junto con breves estudios de Lavissee, Hindsdale, Altamira y Cossio, ver páginas 8, 11 y 27.

(7) Edición Collin, París, 1897.



tencia» que precede a la *Introducción a los estudios históricos*.

Mas la pesada disquisición que aquí finaliza, pide a gritos la moraleja al canto, y ahí va copiada de Groussac, que no en balde lo sabroso del comento compensa lo dilatado de la cita:

« Acaso sea suficiente, para edificación de nuestros neófitos — dice, — referirnos a una interesantísima sesión de la *Société française de philosophie* (publicada *in extenso* en el *Bulletin* de dicha sociedad, t. VIII, pág. 217 y sigs., sesión del 28 de mayo de 1908), en que se asiste a una verdadera abjuración de Seignobos, como apóstol de la metodología y hasta entonces acérrimo defensor de la historia científica (1). Planteada, en efecto, la discusión sobre el carácter y alcance de los hechos documentales, el mencionado profesor, después de adherirse a la « clara visión » de Ranke y a la resurrección de Michelet (!), va mucho más allá declarando no existir, en la historia, leyes ni causas accesibles, y llegando, con gran escándalo de los sociólogos Durkheim y Bouglé, a esta profesión de ateísmo histórico (¡oh heurística y hermenéutica!): « La historia no tiene ningún medio de verificación científica. El historiador está reducido a los procedimientos del sentido común, de la evidencia. No existen como cosas ciertas, en historia, más que las perogrulladas (*les verités de La Palisse*) y todavía varían estas evidencias con la extensión de nuestros conocimientos y tal vez con el temperamento de cada historiador, etc. » Por cierto que estas declaraciones, singularísimas en los labios que las proferían, recibieron del académico auditorio la merecida repulsa. Se alborotó el cotarro. El sociólogo Durkheim replicó que, con ese nihilismo absoluto, era tiempo perdido el dedicado a la enseñanza de la historia; y Paul Lacombe, directamente herido en su paternidad de *La Historia considerada como ciencia*, apostrofó al here-

(2) Conceptuamos un tanto gratuito el reproche recordando lo escrito por Seignobos en 1897, pero es que el sino del difundido manualista, no es, ni con mucho, envidiable. Como es notorio, le ha tocado en gracia soportar el fuego graneado de los dos bandos contendientes; Xenopol, verbigracia, deplora que ponga en duda « el carácter científico de la disciplina a que ha consagrado su vida ». (Obra citada, pág. 97.) Los eclécticos, aislados en su montículo, escarmienten, pues, en cabeza ajena...

siarca en estos términos destituídos de aticismo: « Con esas ideas ¿para qué diablos hace Vd. historia (1)? »

Pensamos que menos impresión, sin duda, por provenir de un no iniciado en los ritos de la secta, hubiera producido el sarcasmo de Enrique José Varona: « La historia se reduce a remotos, vagos y tenues indicios de algo que pudo haber sucedido. »

Congratulémonos empero: la fe inextinguible de los ancianos prosélitos y la gallarda presunción de los catecúmenos, estrecha las filas, pero no aumenta los prestigios de esta austera y sapiente congregación...

### III

Inferirá algún lector impaciente que, a conciencia, aparentamos ignorar las enseñanzas de la metodología histórica moderna, cuando, en realidad, nuestras inocentes, cariñosas burlas se especializan sólo con los que falsean la *naturaleza* de esta rama del saber humano, y no con los *procedimientos* de investigación hoy en auge. Sabido es, ejemplificando, que Michelet utilizaba las fuentes sin someterlas a análisis prolijo y que Taine, de suyo inquieto, concebía la síntesis apenas iniciaba sus indagaciones. Ni esta prisa, ni aquella pasividad, pueden contar con nuestro beneplácito.

Cualquier labor seria, en efecto, requiere que se alleguen suficientes materiales de estudio, que ellos sean valorados minuciosamente, que se los coordine con lógica rigurosa, para que la postrera operación en que sus resultados expláyanse presente los recaudos que dan firmeza a las reconstituciones históricas. Cada etapa del proceso diseñado lleva de cabecera un vocablo pertinente, y así catalóganse la heurística y la crítica, la síntesis y la exposición. La primera que acopia « restos » y que va en acecho de la « tradición » en sus distintas trazas, solicitando en seguida la cooperación de ciencias auxiliares, tales como la paleografía, la diplomática, la numismática, la cronología, etc. La crítica, desdoblada en externa e interna, dispone ya de un abrumador arsenal de principios hermenéuticos, y, una

(1) Obra citada, página XVI.

vez verificada, rastreando la génesis de los acontecimientos, relacionando los sucesos coexistentes, se arriba a la síntesis que preludia la exposición, alta cima de tan complicada faena. Y es, cabalmente, en la fidelidad con que se cumple el susodicho itinerario, donde reside la garantía por todos exigida; garantía relativísima, a no dudarlo, ya que las instrucciones metodológicas están supeditadas a la mayor o menor severidad con que se aplican.

El *quid* del estudioso estriba en sacar a la luz, como decía Thierry, «*ce qu'il y a de vivant pour l'imagination sous cette écriture morte*» y claro está que si el factor personal ejerce honda influencia al preparar la síntesis, también interviene, voluntaria o involuntariamente, en las precedentes tareas: la objetividad ansiada dista mucho de ser conseguida.

El peligro correlativo a este husmear del «papelista» es el señalado por Nietzsche, pues, arguye, «*il tombe si bas qu'il finit par être satisfait de n'importe quelle cuisine et qu'il se nourrit même avec joie de la poussière des bagatelles bibliographiques*». La historia redúcese así al dato, al pormenor, a la minucia (1). Los que la cultivan de semejante manera son, en ocasiones, simples operarios que contribuyen a la aleación definitiva con metales de desigual valor, pero es menester aguardar a que, en el crisol de un hombre de talento, la vivísima llama poderosa los funda en preciosa mezcla. Sólo, sólo entonces bajo la mágica pluma resurge el pasado y cobran segunda existencia personajes de edades remotas y sentimos rugir de nuevo las pasiones de otrora.

«La historia, — escribe Rojas en el prólogo de *La argentinidad* (2) — es una ciencia por sus métodos y un arte por su poder de evocación.» De tal guisa entendida, los procedimientos analíticos preliminares adquieren su práctico y circunscrito significado. Ya veremos cómo y porqué (3).

(1) Alfredo Colmo escinde la «historia-fin», que es bizantinismo, de la «historia-medio» que es conocimiento activo. Véase el artículo sobre los *Anales de la Facultad de derecho*, aparecido en la *Revista de derecho, historia y letras*, junio, 1918.

(2) R. ROJAS, *La argentinidad*, «La Facultad» Buenos Aires, 1916, página 6.

(3) En cuanto a la metodología, además de las mencionadas produccio-

#### IV

La historia no es una ciencia, mas es una forma peculiar del conocimiento: el conocimiento de lo individual, la reproducción de lo particular en concreto. De ahí que sea dable « reducirla » dentro del concepto general del arte, ya que éste, en la sistematización de Croce, considérase como mera representación de la realidad. Así, lo que interesa diversificar en seguida es la intuición propiamente artística de la intuición histórica, y, hallándose comprendida la historiografía en las artes de la palabra, imprescindible es asimismo separar de la historia, la poesía.

Ya de antiguo fué especificada la diferencia substancial; Aristóteles en el capítulo IX de la *Poética* (1) dice: « *L'objet du poète est de raconter, non pas tout ce qu'est arrivé, mais ce qui serait arrivé, ou ce qui était possible à considérer la vraisemblance ou la nécessité des choses. La différence entre l'historien et le poète n'est pas l'emploi des vers ou de la prose; car on pourrait mettre en vers l'histoire d'Hérodote, et ce n'en serait pas moins une histoire avec les vers ou sans les vers. Mais la vraie différence, c'est que l'un raconte ce qui a été; et l'autre ce qui aurait pu être.* » La doctrina del estagirita, vinculada a la de Vico acerca de la naturaleza del arte, « facultad representativa », y a la de Hegel referente a lo bello, « representación sensible de la idea », facilita los cimientos a la concepción del filósofo italiano. La historia es, en consecuencia, aquel género de producción artística que tiene por objeto de su representación *lo realmente acaecido*, en tanto que el arte, en sentido restricto, tiene por objeto de su representación *lo idealmente posible*. La poesía labora sobre lo *individual imaginado*, la historia sobre lo *individual real*; ambos co-

nes de Bernheim, Crivellucci, Langlois y Seignobos, Lacombe, Monod, Berr, Xenopol, Altamira y García Villada, hemos consultado el grueso volumen de VALENTÍN LETELIER, *La evolución de la historia*, Zamorano y Caperán, Santiago de Chile, 1916.

(1) Traducción francesa de J. Barthélemy Saint-Hilaire, Durand, París, 1858. Hegel, en su *Estética*, Jorro, Madrid, 1908, tomo II, páginas 224 y siguientes, dedica al tópico abundantes párrafos.

nocimientos se caracterizan, en suma, por ser « descriptivos ». La fantasía libre, sin cortapisas, campea en la creación poética; la fantasía reconstructiva, hincando sus raíces en la erudición, en la *filología*, es indispensable al verdadero historiador, pues debe, merced al poder intuitivo, leer las entrelíneas de la documentación y reproducir en su mente lo ocurrido antaño. Es que la intuición actúa en la búsqueda (análisis histórico) y en el esfuerzo sintético ulterior, porque adonde la crítica no alcanza por carencia de datos, llega el atisbo penetrante de la conjetura, de la verosimilitud, de la probabilidad. Llega, es cierto, en calidad de avanzada suposición, y sólo como tal ha de entenderse, a fin de evitar los riesgos que el arte invadiendo la historia acarrea de súbito: la confusión de lo idealmente posible con lo realmente acaecido (1).

Para que haya historia ha de haber narración subordinada a una condición forzosa: la exactitud; ésta se obtiene mediante trabajos preparatorios de heurística, de crítica y de síntesis. Agotado el estudio del material reunido, *la historia relata lo real pretérito*, de modo que la previa tarea de investigación y de hermenéutica, si es antecedente garantizador de la resurrección que se tienta, no es historia, sin embargo, en la acepción rigurosa del término.

De más está agregar que los incapaces de superar el acopio de elementos, los que solamente procuran la caza del pormenor, no se resignan a comprender el papel desempeñado por la compulsiva meticulosa; ellos son los que acuerdan proporciones abultadas a la metodología en moda, sin advertir, acaso, que al enfocar la historia en su aspecto artístico no se niega la importan-

(1) La elaboración realizada por Croce sigue una línea ascendente desde la memoria presentada en 1893 a la Academia Pontaniana de Nápoles, reeditada en *Primi Saggi*, hasta el tomo IV de la *Filosofía dello spirito*. Lo resumido por nosotros se encontrará en el aludido libro de ensayos, en la *Estetica*, Laterza, Bari, 1912, página 32 y siguientes, y página 156 y siguientes, en la *Logica*, Laterza, Bari, 1917, página 189 y siguientes, y en los primeros capítulos de *Teoría e storia della storiografia*. Creemos innecesario consignar aquí de qué modo el autor integró posteriormente su « idealismo »; puede consultarse al respecto la *Logica*, en la apostilla de la página 220 y en el capítulo *La teoría del juicio individual*.

cia indudable, pero relativa, que presenta la aplicación del recetario en los trabajos preparatorios. Las objeciones de Bernheim (1) pugnan por mostrar del lado inverso el problema, aceptando, no obstante — según se recordará, — la textura *sui generis* de la historia-ciencia y, además, las conexiones evidentes que la enlazan con el arte literario.

Aseverar, como Langlois y Seignobos, que ella « no es otra cosa que el aprovechamiento de los documentos » equivale a desnaturalizar su propia índole; asegurar, según lo hace García Villada, que « la era en que se consideraba la historia como obra de arte, ha pasado ya » es, cuando menos, exponerse con tan rápida sentencia a que un pensador del vuelo de Croce o a que un Macaulay redivivo obsequien al dogmático negador con el mentís consiguiente.

Algunos estudiosos del pasado incurren, como se ha hecho notar, en las equivocaciones lamentables de los « pintores de taller »: los detalles son justísimos, la atmósfera del cuadro es, por desgracia, falsa... Cualquiera diría que, rehuyendo la plena luz, la entonación de la tela resulta convencional, y, al complacerse en tratar uniformemente todos los planos del lienzo, la maquinal supeditación al modelo nos brinda una obra enteca, fría, académica. En la introducción de la *Vie de Jésus* (2) léese que « *les textes ont besoin de « l'interprétation du goût »; il faut, les solliciter doucement jusqu'à ce qu'ils arrivent a se rapprocher et a fournir un ensemble où toutes les données soient heureusement fondues* », y en esta labor que participa de la categoría artística, lo subjetivo, de suyo inalienable, escúrrese por la portezuela de la sagacidad innata, de la adivinación espontánea que ningún Lacombe podría someter a pautas de acartonada dureza. El mismo Renan en su estudio referente a Thierry sostiene que, entre los dones principales del historiador ninguno es tan provechoso como la intuición directa de los sentimientos y de las pasiones que agitaron a los hombres de pasadas épocas, pues « *l'imagination, que les historiens exclusivement érudits proscrivent avec tant d'anathêmes, a souvent plus de chances de trouver le vrai qu'une*

(1) Obra citada, página 243 y siguientes.

(2) Edición Lévy, París, 1870.



*fidélité servile, qui se contente de reproduire les récits originaux des chroniqueurs* (1)». Son los tales, en su afán de registrar automáticamente los zigzags de los acontecimientos, a la manera de fotógrafos a quienes repugna el retoque y que se escandalizan de la libérrima inspiración del pintor. Por eso hasta se insinúa ahora la tentativa de encerrar en vocabulario esotérico la preceptiva de la exposición histórica... La intentona, como es presumible, habrá de fracasar. Ya los historiadores clásicos, aparte de poner en práctica la soltura que es indispensable al ameno cronicón, se percataban de su innegable utilidad; Plutarco, entre ellos, en la biografía de Alejandro de Macedonia, reflexiona sobre el tópico y comprende, con sobrados motivos, «que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirven más para probar las costumbres que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades (2)». Así, determinadas comprobaciones de menuda apariencia recógense como indicio aclarador de los hábitos corrientes en una sociedad cualquiera; alguien ha dicho que un país tanto se revela en los más usuales objetos ordinarios como en las obras maestras del arte, pues unos y otras cobran significado por su «valor simbólico».

Es que el seco rezongo de los papelistas logra con raro éxito la aridez perfecta: cantilena aburridora y pedante que soterra por segunda vez el yacente pasado. Próspero Merimée, por ejemplo, los espanta al borrar aquélla cautivante *Crónica del reinado de Carlos IX* (3), en cual prefacio compone la apología juiciosa de la «anécdota», porque — argumenta — en ella frecuentemente se refleja a las claras la idiosincrasia de un pueblo; y parecer análogo expresa ese Baroja rebelde de la España actual cuando, elogiando a Suetonio en parangón con Tácito, concluye dicazmente: «Yo creo más en las anécdotas de un tipo histórico que en sus decretos... (4)»

(1) En *Essais de morale et de critique*, Lévy, París, 1860, página 103 y siguientes.

(2) *Las vidas paralelas*, Perlado Páez, Madrid, 1916, tomo IV.

(3) Edición Calpe, Madrid, 1920.

(4) *Juventud, egolatría*, Caro Raggio, Madrid, 1917, página 158.

Medítese que nadie, quizá con originalidad más acentuada que Carlyle, ha pretendido dar la *impresión* de los sucesos. Para ello echó mano de cuanto a mano tenía, derrochando aquel inimitable talento descriptivo que era como el sello personal grabado en cada una de sus páginas. Y así, en bello desorden, el vigor de su elocución, acelerada al compás de extraño humorismo, semeja retorcer minuto a minuto su sintaxis bárbara. Empero, los graves cuáqueros de la historia se horripilan al contemplar tamaña capacidad imaginativa. Ellos, los afónicos, dirigen chanzas al aria del tenor y, en su fuero interno, solicitan a Júpiter la providencial sordera que los libre de aplaudir sin continencia...

Carlyle, lírico de la narración, si es emblema de potencia creadora no es arquetipo que haya de exhibirse para adoctrinar a historiadores bisonños, siempre encandilados con lo externo del guía y gustando apenas lo esencial del maestro. No. Ello equivaldría a menospreciar la erudición, que es, según acertada frase de Hanotaux, el esqueleto de la historia, pero es bueno que recordemos a artistas de opulento discurso cuando a cada instante suenan loas a artífices mediocres.

Ya en otro plano y guardando las distancias, nuestro López tañe en instrumento similar al del autor inglés. El suyo es — escribe Rojas — « largo relato de patriarca que oyó la tribu crédula y que la posteridad recoge porque hay en él, junto al error de las cosas recordadas, la palpitación y el color de las cosas vistas y vividas (1) ». Mitre, en cambio, cuya cuerda más sonora, si el juicio no falla, es la que se acompasa con su tendencia instructiva y pragmática, redacta gravemente y a menudo asoma a los puntos de la pluma la equidad del censor justiciero. Y Groussac, en fin, con el cual, operándose entre nosotros una renovación de largos alcances en los estudios históricos, disponemos de un saludable ejemplo en quien la erudición y la fantasía trabajan al unísono. Díganlo si no las carillas en que es descrita la vida de la carabela, evocación cálida de aquella existencia llena de pri-

(1) *Historia de la Literatura argentina*, « La Facultad », Buenos Aires, 1920, tomo III, capítulo XXI.

vaciones sufrida por los tripulantes del bajel inseguro (1).

Es que si el investigador bucea en las fuentes, el escritor se desvive por recomponer los cuadros del pasado. La observación sigue una vía indirecta, pues válese de la huella, del « rastro » que perdura. Sólo compenetrándose del espíritu que domina en un determinado período histórico es hacedero descifrar lo que consta en el pergamino o en el papel amarillento, por manera que, aunque la paleografía preste su aporte valioso, ella no nos suministra jamás la clave del enigma. Juan Agustín García — que ha sabido trasplantar a nuestra tierra las enseñanzas de Taine y de Renan (2) — señala el doble requisito a que venimos refiriéndonos: « Con la sola erudición se obtiene un rosario de cuentas muertas; los personajes son simples nombres, a lo más oleografías; y la historia se convierte en una horrible y desesperante letanía. » El factor emocional, proscripto con santa indignación metodológica, colorea no obstante la fantasía del historiador de raza. Pollard mismo ha afirmado que « el vocablo fantasía implica a la vez el hecho y la invención. Significa el don de representar las cosas que uno no ha visto », y Teodoro Mommsen que, según Fueter, « *est le seul historien qui ait su comme historien rivaliser avec les auteurs de romans sans tomber dans les défauts de l'historiographie romanesque* (3) », considera que la fantasía, tan zaherida y vilipendiada, « es madre de toda historia, como de toda poesía ».

Un lugar común que rueda hoy de libro en libro es el de establecer la filiación épica de este género. No sin razón se llamó a Herodoto « el Homero de la historia », porque son las simientes míticas las que generan posteriormente ese relato híbrido en que se entretejen lo fabuloso y lo tradicional, lo legendario y lo realmente acaecido. Tan linajuda prosapia mantiene su heren-

(1) Obra citada, página 91 y siguientes.

(2) Para fortalecer el aserto, sobra con citar el prólogo de *La ciudad indiana*; la página 152 de *Ensayos y notas*; diversos pasajes de *En los jardines del convento* (páginas 322-23 y 329-30), y los artículos recientes aparecidos en *La Prensa*, julio 3 y 8 de 1921.

(3) *Histoire de l'historiographie moderne*, Alcan, París, 1914, páginas 687 y siguientes.

cia estética a través de milenios, y las semejanzas y diferencias advertidas por Aristóteles entre historia y poesía reverdecen no hace muchos lustros en las cuartillas ennegrecidas por un polígrafo íbero. La rítmica marcha de la narración histórica no iguala al vagar desordenado y atrevido de la elocución poética, pues aquella labora «de un modo más imperfecto y somero, procediendo por indicios, conjeturas y probabilidades, juntando fragmentos mutilados, interrogando testimonios discordes, pero sin ver las intenciones, sin saberlas ni penetrarlas a ciencia cierta, como las ve y sabe el poeta, arrebatado de un numen divino (1) ». Tal parentesco, proveniente de un vetusto hogar común en que ambas nacieron, perpetúa, también, en ambas, lo parecido del perfil. « *Il y a dans l'histoire — dice Taine — des aventures bouffonnes, des événements de cuisine, des scènes d'abattoir et de cabanon, des comédies, des farses, des odes, des drames, des tragédies. Il faut donc que l'historien soit tour à tour plaisant, sublime, trivial, terrible. Il doit renfermer en lui cinq ou six poètes (2).* » Pueril empeño, pues, el de los que pretenden extender a algo más que a los eruditos trabajos preliminares el calificativo de ciencia, cuando, en última instancia, su propia estructura indica que únicamente a ellos son aplicables las reglas de la lógica formal. Siendo la historia el relato de lo pretérito, su materia, que excluye toda generalización, se supedita a esa norma de exactitud, lo acaecido realmente, que no está reñida con la lucubración imaginativa. Así la fantasía, en nupcias fecundas con la *filología*, da a luz el robusto infante.

(1) MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *De la historia considerada como obra artística*, en *Estudios de crítica literaria*, Pérez Dubrull, Madrid, 1884, página 73 y siguientes.

(2) *Essais de critique et d'histoire*, Hachette, Paris, 1900, página 34, en el estudio sobre Guizot. Más adelante, refiriéndose a Michelet, se lee : « *en lui vivent plusieurs poètes* », etc. (página 99).

V

En párrafos precedentes poníamos de relieve el peligroso declive por que suele resbalar la imaginación del historiador cuando la erudición no la enfrena. De ahí que « la fantasía dentro de la filología » sea la fórmula compendiosa que estreche el primer término de ella en el circuito del segundo, evitando que lo idealmente posible se cuele por modo subrepticio en los dominios de lo realmente acaecido. Y todavía más nítido adviértese el riesgo al considerar la afinidad que antaño unía la épica con la historia, cuales contornos respectivos, no bien dibujados, originaban pequeñas zonas intermedias donde lo épico-histórico sentaba sus reales. Así, por ejemplo, la figura del hazañoso Ruy Díaz de Vivar muestra en prieta conjunción el verismo de la crónica con lo legendario del romance. Así también al lado de creaciones poéticas, héroes imaginados como Don Quijote, aparecen evocaciones históricas, héroes reales como el Nerón de Tácito. Ambos vocablos, creación y evocación, muestran, a nuestro entender, cómo plasman disimilarmente los caracteres la poesía y la historia. « *Il ne s'agit pas pour l'historien — dice Barthélemy Sain-Hilaire — d'inventer des types généraux plus ou moins arbitraires. Les individus, constitués d'une certaine manière, posent devant lui, et c'est un simple portrait qu'il doit nous reproduire* (1). »

Ahora bien : la novela, hija bastarda de la clásica epopeya, recoge actualmente el caudal que su progenitora le legara : el subgénero de la *novela histórica* reedita así lo que podríamos llamar la « labor de creación-evocación » que descubre su ascendencia épica, y de ahí que *Ivanhoe*, verbigracia, llegue a confinar con la epopeya, según lo ha observado certeramente el autor de *Port Royal*.

Reflexiona sobre el particular Ortega y Gasset y explica la forma en que el tesoro histórico va consumiéndose por conductos varios. « La novela griega — escribe — no es más que historia corrompida, divinamente corrompida por el mito, o bien, como el

(1) En el citado prefacio de la *Poética* de Aristóteles.

viaje al país de los Arimaspes, geografía fantástica, recuerdos de viaje que el mito ha desconjuntado, y luego, a su sabor, recompuesto. Al mismo género pertenece toda la literatura de imaginación, todo eso que se llama cuento, balada, leyenda y libros de caballerías. Siempre se trata de un cierto material histórico que el mito ha dislocado y reabsorbido (1). » Análoga savia nutre, en consecuencia, las diversas ramas que parten de un solo tronco.

Ocioso se nos antoja agregar aquí que los forjadores de la historia-ciencia (2) quieren cavar honda zanja entre la creación y la evocación, cuando nadie abriga el designio de confundir la historia en sí con la novela histórica. Pero si semejante distinción salta a la vista, justo es comprobar, asimismo, que no hay entre una y otra la contraposición supuesta. « *L'œuvre historique moderne* — dice Sorel — *serait inintelligible si on ne se rappelait qu'elle dérive du roman. M. Maigron a très bien démontré que le plus illustre des rénovateurs de l'histoire, Augustin Thierry, s'est inspiré de Walter Scott. Aujourd'hui beaucoup de personnes voudraient dissimuler l'étroite parenté qui existe entre le roman et l'histoire, mais il ne faut pas se laisser prendre aux déclamations scientifiques des pédants actuels ; jadis on ne contestait pas cette parenté* (3). » Es que en el aludido compuesto mixto, a la reproducción de lo que fué, súmase siempre el factor inventivo, de modo que, hábilmente inserto este último, cobra mayor eficacia intuitiva el relato. Es por ello en extremo sugerente la polémica entre Sainte-Beuve y Flaubert a propósito de *Salammbô*.

El novelista, en efecto, apoyó su obra admirable en los capítulos XVIII a XXIV, libro I, de la historia de Polibio (4) y es cómodo entonces estudiar de qué manera fué explotada la diminuta veta, pues el cronista arcadio, aparte de ser modelo para escritores didácticos, no consiente que la emoción actúe en él

(1) *Meditaciones del Quijote*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 1914, página 161.

(2) Entre ellos Berr, obra citada, páginas 254-55.

(3) *Le système historique de Renan*, Jacques, París, tomo I, página 24.

(4) *Historia universal durante la república romana*, Perlado Páez, Madrid, 1910, tomo I.



de colaboradora solícita; refiere desaliñadamente en los anotados capítulos *la guerra implacable* que subsiguio en la península cartaginesa al período primero de su lucha con la ciudad cesárea. Se apodera Flaubert del asunto, visita el norte de África, recorre palmo a palmo el territorio en que otrora estaba instalado el centro del imperio púnico, observa costumbres, contempla paisajes que el sol calcina, escudriña fisonomías autóctonas, y, en lenta, afanosa elaboración, reconstruye aquella brega atroz. Nadie, nadie como él podía llevar a cabo la ciclópea empresa: Cartago revive al conjuro del artista. Es el alma de la metrópoli que, de comercial e industriosa, según convenía a su origen fenicio, tórnase guerrera luego porque así se lo exige su desarrollo potente. Es el alma de la multitud mercenaria, ansiosa de botín, cuyo odio reconcentrado al cartaginés que la sojuzga, estalla en cólera cruelísima no bien la despiertan Esendio y Matho. Es el fanatismo alrededor del Moloch insaciable. Es la refriega cruenta cuyos cuadros macabros marean y espeluznan. Es la pasión amorosa que devora el pecho de un africano valiente. Es, en fin, la resurrección del pretérito en uno de sus cuadros de luz más cegadora y de más intensa negrura.

La crítica de su despiadado contemporáneo (1) le sirvió para documentar después la erudición vastísima en que descansa la alucinante producción (2). El cúmulo de informaciones que Sainte-Beuve le requería — pues sólo con tal base es duradera la novela histórica — se amontona en la carta-respuesta, detalle por detalle. Ni el ambiente ha sido falseado, contraviniendo los datos con que hoy contamos, ni se desnaturaliza la acción, ni los caracteres se contrahacen. *Salammbó* es historia novelesca — adviértase la transposición — en todo cuanto no atañe a la protagonista, ya que al burilar esa personalidad femenina el escritor puro reivindica sus legítimas atribuciones, y retoca y corrige los episodios a impulso de vigorosa concepción. Lástima que, asediado por su burlón censor, haya de confesar que « *le piédes-*

(1) Puede leerse en *Nouveaux lundis*, Calmann Lévy, París, 1897, tomo IV, páginas 31 a 95.

(2) Véase la tercera serie de su *Correspondance*, Charpentier, París, 1912, página 238 y siguientes.

*tal est trop grand pour la statue* ». *Salammbô* es, en lo restante, repetimos, historia novelesca, porque la faz religiosa de la vieja civilización, exagerada de intento por Flaubert, se halla cohonestada por numerosas referencias de procedencia insospechable.

Tan instructiva es esta controversia entre el novelista y el crítico, que a raíz de ella sabemos, por ejemplo, de qué recursos se valió el autor para pintarnos el templo de Tanit, cómo imaginó el curso de la acción una vez concluída la batalla del Macar — disponiendo los sucesos de acuerdo con un orden lógico y presumible, — cómo bosquejó el incendio y destacó los trágicos suplicios, y cómo, además, esbozó la interesante escena del acueducto. No anda descaminado, pues, al defenderse del contendor y declarar: « *Cependant, d'après toutes les vraisemblances et mes impressions, a moi, je crois avoir fait quelque chose qui ressemble à Carthage. Mais là n'est pas la question. Je me moque de l'archéologie! Si la couleur n'est pas une, si les détails détonnent, si les mœurs ne dérivent pas de la religion et les faits des passions, approipés aux usages et les architectures au climat, s'il n'y a pas, en un mot, harmonie, je suis dans le faux* », etc.

A pesar del exceso descriptivo que depara al argumento cierta monotonía lúgubre — recalcada, según era forzoso, por el acerbo Aristarco, — *Salammbô* es para la posteridad, como novela histórica, una obra maestra. En ella, al fraternizar la intuición artística con la intuición histórica, el quehacer de creación-evocación se cumple a maravilla.

Hemos apuntado estas someras acotaciones porque nos eximen de entrar en enojosos pormenores e ilustran la doctrina apadrinada. Una novela histórica, y copiamos a Croce, « *ha alcune volte e per alcuni rispetti maggior valor storico di una storia, se nel romanzo è ben còlto lo spirito di un'epoca, di cui nella storia si ha solamente l'inventario* (1) ». Ese es el mérito, mentando algunos ensayos nacionales, de *La novia del hereje*, donde se retrata la sociedad colonial hispanoamericana, de la popular *Amalia*, en que nos retrotraemos a los luctuosos años de la tira-

(1) *Logica*, página 191. También dilucida el punto en *Primi saggi*, páginas 35-36 y 43 y siguientes.

nía rosista, y, a distinto nivel literario, de *La gloria de don Ramiro*, biografía de un enchipado hidalgo en tiempos de Felipe II.

La cercanía evidente entre novela e historia, con las restricciones que aquí y allá quedan consignadas, se corrobora sin dificultad al recordar cuáles son los « elementos » de la primera, enumerados por los tratadistas. Si « ambiente », « acción » y « personajes » integran aquélla, también en la historia la exposición gira alrededor de dichos núcleos; claro está — reiterado por centésima vez para evitar equívocos — que con las limitaciones correlativas a su especial estructura (1). No ha de sorprendernos, por ende, lo que anota Fueter hablando de Macaulay: « *Il se proposait, comme ont sait, de remplacer pour quelques jours par son histoire le dernier roman a la mode sur la table des jeunes dames* »; y más adelante: « *Son histoire d'Angleterre est peut être un roman plutôt qu'une histoire savante; mais c'est un bon et honnête roman* » (2) y dado el criterio del autor, cuyas son estas transcripciones, su significado no escapará a la avisada perspicacia del lector entendido (3).

Gabriel Hanotaux, en libro de reciente data, alude a este mutuo intercambio cordial entre un género y otro, y en cuanto al compuesto mixto — novela histórica — estima que se afina en las « exigencias realistas » del público moderno. Por ello la novela, según él, adquiere carácter más documental aproximándose a la historia (4), del mismo modo que ésta, en las primeras décadas de la centuria anterior, recibió de la novela his-

(1) En nuestro programa analítico de literatura preceptiva, curso de 1920 del Colegio nacional de Buenos Aires, figuraban, entre otras, las siguientes preguntas: *Historia*: como ciencia y como arte. Definición de Monod. Elementos: acción, ambiente, personajes. La causalidad en la historia; los fenómenos de sucesión. La investigación histórica. Composición histórica: el relato. Concepto moderno de la historia, etc.

(2) Obra citada, página 642 y siguientes.

(3) En *Clásicos y modernos* (Renacimiento, Madrid, 1913) de AZORÍN hay un artículo, « La novela histórica », muy interesante por las reflexiones que sobre el asunto contiene.

(4) *De l'histoire et des historiens*, Conard, París, 1919, página 16 y siguientes.

tórica fuerte impulso, como lo comprueban, por ejemplo, Menéndez y Pelayo (1) y Unamuno (2).

Entremezcladas intuición histórica e intuición artística, lo posible, asentando la planta en lo acaecido, se empina hasta la altura estética: surge la novela histórica, tipo de creación-evocación, en que, muy a menudo, el escurridizo relato amenaza invadir los campos de la genuina historia.

## VI

Para los que comulgan en los altares de la historia-ciencia, queda un pequeño resquicio por donde puede penetrar el arte literario: el de la exposición final. Para los que nos permitimos discrepar con el dogma severo, el problema es harto distinto. Trataremos, por nuestra propia cuenta, de reflexionar en derredor suyo.

La intuición histórica no registra, en verdad, todo lo acontecido realmente; al contrario: procede por eliminación. Escoge hechos; elige lo distintivo de una época, de un país, de un hombre, en el deseo de subordinar la gama a un color que predomina necesariamente en el conjunto. Por ello intuir equivale a evaluar. Semejante evaluación implícita constituye el eje sobre el cual gira la intuición histórica, y se da así algún fundamento filosófico a la «teoría del color local», otrora en circulación. «Un pueblo — como ha dicho Ortega y Gasset — es un estilo de vida, y como tal, consiste en cierta modulación simple y diferencial que va organizando la materia en torno (3).» He ahí precisamente, la complejidad del tema, pues si la intuición ayuda durante el análisis, ocupa, en cambio, el sitio de honor al elaborar la síntesis. Con ésta evaluamos. Por ende, la síntesis, que es evocación, participa de la jerarquía artística. Al llegar, pues, a la exposición definitiva (la historiografía hállese comprendida en las artes de la palabra) se inicia la tarea puramente literaria del historiador.

(1) Obra citada, página 121 y siguientes.

(2) Obra citada, página 232 y siguientes.

(3) Obra citada, página 132.

Si hubiéramos de refrescar, ahora, la terminología de los tratadistas, nosotros diríamos, bien al contrario de los enamorados de la heurística, que estriba *el fondo* en la amplia reconstitución de lo ocurrido antaño; *la forma*, en volcar al papel dicha reconstitución. Esta última actividad, por su naturaleza, corresponde ya a la retórica.

Sabido es que la crítica, al actuar en calidad de agente de disolución sobre la producción literaria, deja un residuo que se denomina *preceptiva*, cuyos postulados, cambiantes a través del tiempo, muestran el gusto imperante en un determinado momento y en un determinado lugar. La preceptiva articula, por consiguiente, las normas que fluyen de lo que, a la sazón, se admira, y no sería juicioso, atendiendo a su relatividad, prestarle hoy la obediencia absoluta que algunos recomiendan.

La lista de los que han discurrido acerca de la elocución histórica va encabezada por el agudísimo Luciano, imitado luego, al parecer, por Fenelon y por Mably. Espíritu diserto e ingenioso, hilvanó en el siglo II de nuestra era, bajo el epígrafe de *Cómo ha de escribirse la historia* (1), un sumario compendio en que la sátira donosa se hermana con intencionadas alusiones a escritores de entonces. Allí reseña los vicios de que es menester huir y las cualidades que aquilatan la prosa y dan realce al estilo. Entre los primeros, puntualiza los ditirambos desmedidos a príncipes y a generales, la confusión molesta de lo histórico con lo poético, el relato pedestre, los exordios pesados, la intervención de seres sobrenaturales que restan sencillez a la acción, la desigualdad en el tono del discurso con pasajes de diapasón elevado y otros de grosera textura, la abundancia de oraciones solemnes, los frecuentes errores geográficos, la falta de proporción entre hechos notables y sucesos menudos, el relato vertiginoso en demasía, la profusión de acápites, el uso de pretensiosos títulos en los libros, y, en fin, el vaticinio y la profecía traídos a colación por doquier sin tino ni medida. En ello insume el Burlón de Samosata varias carillas y en seguida especifica las virtudes que el historiador debe atesorar, es decir, grande inteligencia política, vigorosa elocución, narración verí-

(1) *Obras completas*, Hernando, Madrid, 1889, tomo II, páginas 209 a 241.

dica, sobriedad expositiva e imparcialidad cuidadosa. Pero lo que nos interesa destacar es el deslinde entre poesía e historia que él dibuja con mano segura, pues es, dice, « grandísimo defecto el no saber separar lo que conviene a la poesía de lo propio de la historia, y el de dar a ésta los adornos de aquélla, como los encomios, las fábulas y sus peculiares exageraciones ». « El historiador — agrega después — no inventa como poeta los hechos, sino que los refiere. » Y más adelante adiciona estos consejos : « El pensamiento del historiador participe de la poesía y acérquese a ella en lo que tiene de magnífico y grandilocuente, sobre todo cuando describa formaciones de ejércitos y batallas terrestres y navales. Para esto hace falta cierto soplo poético que hinche las velas de la nave y la haga deslizarse con suavidad sobre la cima de las olas. La dicción, sin embargo, no ha de levantarse de la tierra : elévese con la hermosura y la magnificencia del asunto, y equipárese a él en lo posible, pero sin salirse de su terreno, ni incurrir en entusiasmo inoportuno porque se pondría en grave peligro de perder la razón y de precipitarse en desatinado furor poético (1). » Tanto los trozos que copiamos como los restantes del opúsculo, han sido parafraseados por los que, con posterioridad, ensayaron análogo estudio, de manera que si fuera aventurado afirmar que su disquisición suena a cháchara moderna, sería fácil sostener, por contraste, que el actual catálogo normativo de la exposición histórica repercute en nuestros días como eco de lección impartida hace diez y ocho centurias.

Quiere Luciano que la historia procure, a la par, utilidad y deleite, de modo que, en lo fundamental, la corriente suya es la pragmática e instructiva. Exhorta a los cultores del género a que sean espontáneos y llanos en la descripción, a que estén siempre en el fiel de la balanza reguladora, a que prefieran, más que la vehemencia y la rudeza en el decir, la concisión substancial y la galana urbanidad de la cláusula. Los precave asimismo contra la afición malsana a dictaminar repentinamente en cualquier disputa, cediendo a las declaraciones interesadas de testigos más o menos creíbles, pues conceptúa necesario

(1) Obra citada, páginas 214, 232 y 235.



aplicar un estricto criterio de certeza para sopesar la mayor o menor fidelidad con que el deponente consigna lo visto u oído. Pero lo que más agrada al lector de ogaño es que acuerde modestos alcances a las mentadas reglas: « Mi libro, escribe, no ha prometido hacer agudos y sagaces a los que no lo sean por don natural », y en la sucinta frase se traza el radio máximo de la preceptiva literaria: al primerizo en las lides de la pluma sugerirle rumbos y enseñarle a salvar obstáculos.

Nos hemos detenido, no sin cierta complacencia, en glosar la admonitoria disertación porque en sus pocas páginas está dicho lo que, en muchas, no aciertan otros a desarrollar y está dicho, además, con la fluente elegancia propia de aquel Luciano escéptico y humorista.

Bajo el rubro de « forma » encerramos, no únicamente la elocución histórica, sino también el plan y la distribución del trabajo. Las pertinentes reglas que en los manuales figuran, atañen, por una parte, a la « narración, » a la « descripción » y al « retrato » y, por otra, al estilo connatural del género y a las cualidades demandadas al historiador de fuste. Juzgamos inadecuado ordenar aquí las recetas que el buen sentido ha ido apilando paulatinamente, ya que semejante minuciosa revisión es privativa de los tratados elementales. Sobra, en trueque, con las líneas dedicadas al dilecto autor de *Alejandro o el falso profeta*.

## VII

Como dice Justo (1), ha perdido ya la historia su añeja condición de fábrica milagrosa; no es lo teatral, lo aparatoso, la materia exclusiva que el artífice plasma y deforma según su personal capricho. No es tampoco escuela de moral, si bien a veces vuélvese tendenciosa, porque se la tuerce y disloca para que sirva a mezquinas conveniencias de clase; así la sarcástica reconvencción de France ha de recordarse con frecuencia: « *Si vous voulez que votre livre soit bien acueli, ne négligez aucune occasion d'y*

(1) *Teoría y práctica de la historia*, Lotito y Barberis, Buenos Aires, 1915, capítulo I.

*exalter les vertus sur lesquelles reposent les sociétés : le devouement à la richesse, les sentiments pieux, et spécialement la résignation du pauvre, qui est le fondement de l'ordre. Affirmez, monsieur, que les origines de la propriété, de la noblesse, de la gendarmerie seront traités dans votre histoire avec tout le respect que méritent ces institutions. Faites savoir que vous admettez le surnaturel quand il se présente (1).* » Y Nordau comenta: « El sentido histórico es una creación artificial de los gobernantes que sólo la utilizan para rodear de un prestigio místico-poético las cosas existentes ventajosas para ellos solos, para excusar sus abusos al exaltar sus orígenes y para obtener a favor de instituciones que antaño acaso eran racionales, pero que hace ya mucho tiempo son absurdas e inútiles, una tolerancia en la cual el temor se mezcla con la ternura (2). » De tal modo enfocada, el descrédito la rodearía, desparramándose más y más la estirpe numerosa de los incrédulos...

Su contextura demuestra que no es ciencia: nada en ella permite la generalización. Su método, el de observación indirecta, se asemeja al de la paleontología que, valiéndose de la parte, pugna por reconstituir el todo. Representa lo realmente acaecido. Para conseguirlo intuye; es decir, evalúa de manera implícita. La evaluación antedicha efectúase sobre el acervo que le suministra la erudición; de ahí que la heurística y la crítica, como faenas preparatorias, revistan indisputable importancia. La metodología ofrece reglas interpretativas. En la síntesis culmina la intuición histórica. Con ella evocamos. Por esto un subgénero mixto, en que la creación se adhiere tenazmente a la evocación, aclara el contenido de la historia. La fantasía, en ésta, queda ceñida dentro del círculo de la filología. A la labor sintética subsigue la exposición histórica, cuya preceptiva brinda normas a la elocución del género. La historia, pues, reconstruye y narra lo real pretérito.

La objetividad ensalzada no es sino una de las tantas ilusiones en que se complace el linaje humano. « El historiador, compara Alomar, es a la crónica lo que el poeta personal es

(1) En el prefacio de *L'île des pingouins*.

(2) Obra citada, página 46.

a los cantares de gesta (1). » Los estados son los cauces o estuarios; las vitalidades nacionales son los torrentes (2). Hoy la historia estudia, de preferencia, estos últimos, dando a lo externo su lugar relativo.

Erudición e imaginación trabajan de consuno. Los metodólogos querrían cerrar los dominios de la historia a todo quehacer que no contribuyera al recuento prolijo del « dato », nueva deidad ante quien, reverentes, se postran de hinojos. Como los psicólogos experimentales del siglo XIX, coligen que es susceptible de peso y medida cuanto a su alcance está y mueven descomunal atuendo si alguien asevera que puede ser la historia considerada como género literario. Nosotros, por ejemplo...

JOSÉ M. MONNER SANS.

(1) *El sentido histórico*, en *La formación de sí mismo*, Caro Raggio, Madrid, página 65 y siguientes, 1921.

(2) ORTEGA Y GASSET, *Vieja y nueva política*, Renacimiento, Madrid, 1914, página 19.